

EN LA MITAD DEL SIGLO

**- Por Manuel Arandilla, 1988. Fue alumno y profesor del Centro,
más conocido como bibliotecario municipal y escritor -**

Nos habían nacido, entre un antes, que desprendía efluvios de posguerra, y un después, todavía enrejado de pasado. Ahí estábamos todos, bebés recientes, con una baba media, con una risa media, con el cero y la lágrima. Ahí, de ahí, de ese cincuenta, más o menos, salimos a la calle, de la mano del frío de provincias, a dar el primer paso, el primer tropezón, a tiritar con la primera palabra : ¡NO!. "No, madre, no quiero ir a la escuela". Pero este no era un sí por encima de nuestra voluntad, por encima de ti, por encima de mí, por encima de todos.

Párvulos ya, como un primer oficio, párvulos de cabás y garabato, párvulos de lápiz y cuaderno, de chirriante pizarrín, párvulos de todos los palotes ...

Niños perdidos, que seguíamos diciendo que ¡NO! por entre las selvas de la caligrafía, de la muestra interminable "A Dios rogando y con el mazo dando", que había que repetir y repetir

hasta el infinito, por escribir en renglones torcidos, por el borrón que nos había dejado allí el demonio, por la lágrima o el berrido que habían diluido la tinta; por todo, por cualquier motivo, había que copiar y copiar, con ese punto de pata de gallo, con el palillero que, sostenido en nuestra mano vacilante y temblorosa, sumergíamos en un tintero incrustado en la mesa, una vez y otra vez, para hilvanar las letras, para formar palabras, para odiar y amar la escritura para siempre.

Pero llegó el bolígrafo y ya no había que untar con el punto en el tintero. Llegó como un milagro, como el primer indicio de que el futuro era posible: la tinta duraba hasta mañana, hasta más que mañana y no había que untar y no había que cargar, como la estilográfica. Llegó la técnica. Ya sólo se untaba el "Tulipán", que nos vino también por esas fechas, sobre el pan o las galletas.



Y, de la Escuela de Villa, nos metieron en otro "cuarto oscuro", bajo el mismo castigo de las letras: la Preparatoria; no sin antes presenciar, en el trayecto, las primeras imágenes que salían de un ingenio que llamaban televisión, y que nos dejaron atónitos para siempre. La Preparatoria era una enciclopedia mucho más

voluminosa e inmanejable que las que conocíamos hasta entonces. Tenía ese sonido inconfundible de las palabras que, provenientes del dictado, rebotaban sin cesar en las paredes, en el encerado, en los armarios y en el mapa de España colocado, precisa y estratégicamente detrás de la mesa del profesor, como si de una

conquista se tratase. Olía a tiza, a sellos -que, según nos decían, despegábamos para los "negritos"-, a pantalón corto y a minutos de invierno. Su color era propio: gris cuadrado. Éramos los de ingreso, los de la planta baja, un aula para los pantalones y otra para las faldas.

-¿Qué árbol da las nueces?, pregunta el profesor

Respuesta del alumno: -El nuecero

-¿Qué es un desierto?

- Un desierto es un terreno poblado por árabes.

Éramos los de la foto en el pupitre, los de la foto de pie, los de la foto en blanco y negro, y, hoy, somos aún parte de esa imagen de lo que éramos y de lo que después del examen de ingreso íbamos a ser : bachilleres, que era así, como un insulto de postín, alto, largo y sonoro. Empezar bachillerato era cambiar de piso, de casa, de costumbre, pues nos subían a la primera planta, quizá para crecer más, y más rápido. Para cada asignatura, había un libro y, para cada libro, un profesor que explicaba la lección. Tantos profesores y tantos libros nos parecían sendos derroches acostumbrados, como estábamos, a la usual enciclopedia y al eterno maestro rebosante de paciencia. Había profesores de todos los orígenes y humores y de las más variadas escolásticas, de todos los tamaños y de todas las manías, pero la mayoría tenían en común el no "deshacer las maletas", el estar siempre de paso, y nosotros, lo poco que aprendíamos, también era de paso. Aunque había, como hemos dicho, profesores para todos los gustos, más sabios y menos sabios, todavía hoy no entendemos cómo podían aguantarnos. Tal vez, pensaban que al resistir hasta el final del curso y seguir con vida, se plantaban más cerca del cielo. No podemos dejar de contar la extravagancia de aquel profesor que le daba por comer en clase, delante de nosotros, un quesito que, ingeniosamente, se colocaba entre los dedos pulgar e índice y, cual si fuera una armónica, lo pasaba por sus gruesos labios mientras recitábamos uno detrás de otro la primera, la segunda o la tercera declinación de latín.

El Instituto era por entonces un lugar que pretendía habituarnos a la milicia. Nada más llegar, por la mañana, había que formar e izar bandera y, por supuesto, entonar el himno de rigor. Seguidamente, se presentaba, como caído del cielo, un sacerdote que parecía agitar, elegante y suavemente, sus alas negras cuando lanzaba al viento su capa y manteo, al tiempo que se despojaba de su teja como signo de un respeto antiguo. Aún medio dormidos, orábamos -mas bien mascullábamos- en formación, por el bien de la Patria y de la Iglesia. El profesor de Formación del Espíritu Nacional nos mandaba romper filas -con esa voz patriótica y tajante, que producía en nuestros estómagos un punto de indigestión en el desayuno- antes de entrar a clase.

Si tanto profesor nos parecía excesivo, nunca pudimos entender por qué la clase de Religión nos la daban tres curas a la vez, el famoso "Triunvirato". Pensábamos que tanto despilfarro de docencia sólo podía deberse a que éramos unos auténticos demonios, que había que exorcizar con un discurso a tres voces.

Empezábamos el Instituto al poco de hacer la Primera Comunión y éramos conscientes de que podíamos salir de él prácticamente casados o, al menos, con una novia formal. Había que hacer primero, segundo, tercero, cuarto, la reválida de cuarto, quinto, sexto, la reválida de sexto y el preuniversitario. La reválida no era, como nos explicaban, un examen general de los conocimientos aprendidos en los diferentes cursos, sino un auténtico salto en el vacío, un novamás, un oficio. Muchos de

nosotros seguíamos, después de los años, con la reválida pendiente, como si fuera una carrera interminable a la que nos consagrábamos por entero, con el fin de obtener la licenciatura. Se llegaba, así, a ser un verdadero especialista, un entendido, un profesional de la reválida. Uno podía estar en primero, en segundo o en quinto de reválida y, cada año, se tentaba a la suerte esperando la benevolencia o el ataque de aburrimiento de los profesores, que, hartos ya de ver siempre las mismas caras, decidían, en un lúcido arrebato, aprobar al insistente repetidor. Algunos iban cayendo por los largos, anchos y altísimos pasillos del Instituto, desfallecidos por el peso de los libros, horadados de suspensos, ahitos de tanta ciencia o de un aburrimiento sin límites. Otros seguíamos, curso tras curso, año tras año, esperando que algún feliz acontecimiento nos sacara de la monotonía y del pasmo de todos los días, como lo fue aquél del rodaje de la película de Bardem, Nunca Pasa Nada, en la que salíamos corriendo por el patio hasta la verja para decirle "cosas" a una altísima y rubia actriz francesa. Fuimos actores, casi protagonistas, por unos minutos y unos pocos duros, y tal evento se nos marcó para siempre en la memoria. O aquel otro, en el que vimos el cielo cuando, escuchando absortos la perfecta exposición de un compañero en la clase de lengua, se rompió, literalmente, el techo, porque la autoridad pertinente había decidido levantar otro piso y meternos a todos (muertecitos de frío) a dar clase en el gimnasio.

Pero sabíamos sobrevivir con ingenio a todas las vicisitudes que el diablo o la edad nos dejaban a mano, subiendo y bajando por esas inmensas aulas escalonadas, en las que, más que estar para una clase, vivíamos, tomando posesión de pupitres y bancos como si fueran nuestros de toda la vida. Hacíamos novillos para sentir que la vida estaba en la calle, en el ferrial de al lado, en el juego y no sólo en los libros de texto; también estudiábamos o intentábamos estudiar, eso dependía de lo que cada uno quería hacer o de lo que se nos obligase a hacer, de lo que queríamos ser o de lo que querían que fuésemos ... Y, cómo no, también copiábamos haciendo unas "chuletas" dignas de figurar en el mejor museo de ingenios e invenciones, y nos la jugábamos con la famosísima y temible "Cartilla de Puntos":

- "Hoy ha faltado a clase : Medio puntito"

- "Le he pillado copiando : Dos puntos y medio".

Entonces, el profesor de guardia sacaba, como del aire, unas enormes tijeras a las que sus dedos imprimían un vuelo plateado inconfundible y veloz, y que venían a posarse sobre esa hoja de cartulina blanca, exactamente dividida y numerada en doce cuadros, y, desprendiendo ese sonido indescriptible y único de toda medida disciplinaria, y que todavía ha sido imposible evacuar de la memoria, cortaba y cortaba y cortaba: seis puntos, expulsión temporal; doce puntos, expediente y expulsión definitiva del Centro.

Pasadas tan duras pruebas y ya con el "Don" que se nos asignaba socialmente con la reválida de cuarto, nos fuimos colocando los pantalones largos y compartimos aula los chicos y las chicas. Hicimos excursiones, comenzaron los bailes.

Empezamos a sentir que nos entraba el juicio. El Plan de Desarrollo ya daba sus efectos y había profesores de aire liberal que leían los versos de poetas prohibidos, compartían guateques con los alumnos ... el mundo se ensanchaba.

Unos meses después del Mayo del 68, nos matriculamos en preuniversitario.

Cumplimos los dieciocho años.

CARTA DE RECUERDOS

- Por Marina Mayoral, fue profesora de Lengua y Literatura del Centro, es escritora y profesora en la Universidad Complutense -

Querida Carmen: A veces en la vida tenemos la clara impresión de que un hilo del pasado, que se había quedado suelto, viene de pronto a trenzarse con un hilo del presente para formar ese tejido que es la vida. Eso ha sido para mí tu carta, tu voz: el hilo que cierra mis recuerdos de Aranda de Duero.

He de confesarte que aquella experiencia no fue muy alegre para mí. Tenía veinticuatro años, acababa de aprobar las oposiciones a cátedras de Enseñanza Media y estaba llena de ilusiones, deseosa de transmitir a los niños y a los jóvenes del Instituto mi pasión por la Literatura. Y sin saber bien cómo me encontré convertida en una máquina de firmar suspensos.

En los exámenes de libres me pasaban a mí todos los ejercicios "conflictivos", los de los "hijos de", los de las monjitas o frailes que se examinaban para tener un título y que daban clase en sus colegios, pero que ponían unas faltas de ortografía que temblaba el misterio. Así que me convertí en el "coco". Un día en la calle un chaval quiso apedrearme porque había suspendido a su hermano. Otro día el conductor del autocar en el que yo me volvía los viernes a Madrid me reprochó en voz alta que me comiese un

bocadillo de jamón un viernes de cuaresma. ¿Cómo tuvo el atrevimiento de hacerlo? y ¿cómo supo que era de jamón la raquítica loncha que apenas asomaba entre las dos mitades del pan? Así era de chismosa y de represiva la vida en los sitios pequeños, querida mía, y no era nada grato.

Todos mis recuerdos agradables están ligados al Instituto y a la relación con los alumnos mayores, con quienes compartí buenos momentos de lecturas y hasta alguna escenificación de poemas.

También me tocó dar la conferencia de comienzo de curso y esa fue otra. No se me ocurrió nada mejor que hablar de Miguel Hernández. En primera fila estaba el representante de la Guardia Civil que ejercía de comandante de la plaza. A medida que yo hablaba, la directora del Instituto y el secretario, que era su marido, iban pasando del color pálido al verde. Afortunadamente, el comandante, que era una persona cortés y, por lo visto, inteligente, dejó pasar mis diatribas contra el régimen que había maltratado y dejado morir en la cárcel al poeta, y me felicitó al final de la conferencia, tranquilizando así a las autoridades académicas, que poco a poco recuperaron el color.

Como ves, yo no era una persona cómoda: tenía la osadía, la petulancia y la intransigencia de la juventud contra lo que consideraba injusto. Y no medía demasiado el alcance de mis actos. Pero me esforzaba en transmitirles a mis alumnos el amor a la Literatura, porque siempre he creído que leer ensancha los horizontes vitales, abre caminos y ayuda a encontrar respuestas personales a las grandes preguntas de la existencia.



Sexto curso del Bachillerato de 1966

Me fui de Aranda a los pocos meses para incorporarme a la Universidad Complutense, donde sigo enseñando. Y siempre creí que había dejado en Aranda un infausto recuerdo de suspensos.

Ahora me llega tu carta donde me dices que hay antiguos alumnos que me recuerdan con cariño como la persona que les habló por primera vez de Miguel Hernández. Ha sido una gran alegría. Me gusta mucho esa imagen que les ha quedado de mí. Ese recuerdo justifica mi estancia allí, los malos ratos y las frustraciones de aquella primera experiencia docente, porque eso

es lo que siempre he querido hacer en mi faceta de profesora: abrir caminos.

Tu carta viene a decirme que también con aquellos alumnos lo conseguí. Gracias por hacérmelo saber. Los hilos del pasado, sueltos y desordenados, se han anudado con los del presente para tejer un trozo de vida con sentido.

Aprovecho esta circunstancia de la celebración del aniversario para enviáros a ti, y a aquellos chicos de ayer, un abrazo muy fuerte con el cariño de su vieja profesora, Marina Mayoral.